

Numéro 6, création

Los últimos

Yuri Herrera
yherrera@tulane.edu

Citation recommandée : Herrera, Yuri. "Los últimos". *Les Ateliers du SAL* 6 (2015) : 182-187.

Antes de convertirse en el primer humano en cruzar el Atlántico a pie, fue el último en mirar un caracol arrastrándose sobre el tallo de una planta. Lo vio cuando estaba a punto de iniciar la travesía. Ésa no había sido la peor travesía para Reu, más solitarias fueron la nave y la tabla, y más espantosa había sido la roca; pero ninguna le tomó más tiempo que cruzar todos los ápices del Atlántico a pie.

No había planeado hacerlo, pero el mar se había comido la tierra y la basura se había comido el mar, así es que empezó a caminar hasta el fin de la tierra firme y entonces siguió caminando sobre la costra firme y al cabo de un día dejaron de verse las ruinas a sus espaldas (las enormes ruinas de la embajada de Estados Unidos, las ruinas angulosas de la embajada China, hasta las más imponentes, monumentales ruinas de la embajada de Nicaragua), y ahí fue que decidió que ya no había marcha atrás.

Caminó durante dos años por la superficie enlamada de la costra firme: aprendió a no morir se royéndola y a no disolverse en su sal por las noches, se curó los güesos él solo cuando el viento lo levantó y lo vapuleó por el cielo como a un trapo y luego lo arrojó sobre las olas rígidas.

Vivía deslumbrado por la resolana pero cada tanto veía debajo de la costra sombras que rumiaban el cuerpo de un lado a otro y se azotaban contra la superficie.

Una vez divisó a un viejo que, inexplicablemente feliz, brincoteaba de un islote de plástico a otro. Se saludaron con la mano en alto, alcanzó a distinguir su figura estirándose contra el resplandor de la costra, y justo en ese momento una enorme boca dentada se alzó alrededor de los pies del viejo y se lo llevó a las profundidades del caldo sucio.

Conoció un ejemplar de esos monstruos cuando topó con los últimos seres humanos que vería antes de alcanzar el otro lado del Océano. Una pequeña colonia de extraviados que se habían ido agrupando conforme las corrientes los empujaban hasta el vórtice en el que ahora vivían. Dedicaban su vigilia miserable a remendar las grietas en la costra, pero habían aprendido a pescar esas bestias de ojos pequeñísimos con fauces que les ocupaban la mitad del cuerpo. Aprovechaban su carne dura y fibrosa para alimentarse, los bigotes tiesos para el remiendo y los colmillos para fabricar lanzas.

Le dijeron que podía quedarse con ellos, pero Reu conocía a los suyos: tenían voluntad de compartir, pero era una voluntad sin güesos. Ya llegaría el momento en que se empujaran unos a

otros para escapar de un mordisco. Aunque le ofrecieran compañía, no dejaba de ser compañía de humanos, que es buena sólo a ratitos.

Llegó a tiempo para colarse en la última nave que alcanzaría la roca que podía sacarlo del sistema solar. Pasaría detrás de la Luna, y si lograban posarse en ella los llevaría quién sabe a dónde, pero eso era lo de menos.

Algún visionario o alguien terriblemente asustado había tenido la idea de acondicionar asteroides para viajar; había tomado generaciones lograrlo pero, una vez que consiguieron imaginarlo irremediablemente terminaron realizándolo. Se aseguraba que más allá de los límites del sistema solar había estaciones desde las cuales salían naves en busca de otra roca; se decía que en esas estaciones había naves mucho más grandes y rápidas que podían llevarlos a un lugar habitable; se contaba de planetas donde casi se podía vivir bien; y hasta de unas rocas en las que había plantas y animales y ahí podían quedarse.

Más rocas, más naves, más planetas, más oxígeno, más tiempo, la esperanza de subirse a la siguiente nave, de esconderse en la siguiente roca.

Persuadió al último de los estibadores, de último a último, de que lo dejara esconderse en la zona de carga. No tuvo ventana para mirar cómo se achicaba el poso de elementos químicos en el que había iniciado su tiempo en el universo. Supo que habían abandonado la Tierra cuando las cajas empezaron a flotar unos poquitos ápices en los ápices de espacio que tenían para moverse, como si celebraran.

Luego frío y desmayo, hasta que lo sacaron de la bodega y lo arrojaron a una caverna de la roca. Aunque la caverna estaba repleta, el peligro no era morir aplastado: se agonizaba en una feroz batalla en cámara lenta por estar cerca de los ductos que escupían alimento y oxígeno. Se estrangulaban sin fuerzas, se arañaban la carne con más odio que contundencia, se arrancaban el cabello, se rompían los güesos muy lentamente. Después, con espantosa eficiencia, los desechos eran empujados hacia una compuerta de donde eran aspirados y enviados al espacio.

Flotaron en ese vaho de cuerpos durante lo que tal vez hayan sido semanas en la tierra, y, un día, llegaron a la estación. *Sí existía.*

Era una plataforma abombada por una cúpula. Estaba presurizada, pero un cristal que iba del suelo al techo separaba a los recién llegados de los que ya estaban ahí. Reu atisbó el

espacio desde su margen, un rectángulo de oscuridad incendiada cada tanto por naves enormes (*sí existían*) despegando del anillo de la cúpula.

Poco a poco se despobló el lado de los primeros conforme los últimos veían marcharse las naves una tras otra, hasta que sólo quedaron ellos. Antes de irse, los primeros alinearon de aquél lado una serie de pequeñas naves-tabla en las que cabía una sola persona acostada mirando al frente. Uno de ellos se acercó al cristal y explicó su mecanismo: tenían energía para el envión que los separaría de la plataforma, y unos cuantos más para cambiar de dirección; así que mejor que los utilizaran sabiamente.

—Con suerte, alguien los encontrará allá afuera —dijo, esforzándose por parecer que creía en lo que decía—. Ha llegado a suceder.

Abrió la compuerta que separaba los dos lados de la cúpula y, antes de que los últimos repararan en su nueva soledad, subió a su nave y se largó.

No hubo peleas para decidir quién ocuparía las tablas porque la mayoría decidió quedarse. Pensaban que esto no podía ser el fin. Él pensaba lo mismo pero prefería pensarlo mientras viajaba.

Una única luz movediza en el abismo oscuro. Tan lentamente se movía que no estuvo seguro de lo que era hasta que la vio acercarse a su tabla. Un cetáceo de metal, negro, tosco, absorto en una burbuja de luz en su vientre.

Cuando estuvo más cerca, Reu vio que, adentro de la burbuja, había una persona *pedaleando*.

Utilizó el combustible que le quedaba para orientar su tabla hacia el cetáceo, pero no fue suficiente. Le pasaría de largo. Entonces el cetáceo cambió de rumbo, se colocó frente a su tabla y abrió una compuerta que se la tragó.

En cuanto pudo reunir fuerzas para salir de la tabla echó a andar por pasillos olorosos a óxido y escaleras rechinantes. Encontró la burbuja al fondo de la nave y por un momento no alcanzó a distinguir nada de tan enceguedora que era su luz, pero finalmente columbró que era una mujer la que pedaleaba. Su cuerpo se tensaba levemente en el movimiento mecánico pero su rostro no denotaba esfuerzo alguno, miraba un panel de instrumentos al frente. Cuando finalmente miró a Reu lo hizo como si no le provocara curiosidad.

—¿Viene alguien más contigo? —dijo.

Reu movió la cabeza de lado a lado. Ella volvió a mirar al frente.

—Qué mal —continuó—. Entonces voy a tener que cocinarle a ti.

Siguió pedaleando un poco más. Luego volvió a mirarlo y sonrió.

—Cuando nos acabemos la comida —dijo—. Tengo mucha.

Hacía tanto que nadie le hacía una broma que por un momento pensó que estaba loca. Luego, casi como un reflejo vestigial, también sonrió.

Se llamaba Pel. Le explicó que los pedales eran la única fuente para acumular energía. Había utilizado parte de ella en modificar unos ápices su posición en el cuadrante infinito para alcanzarlo, así que ahora tendrían que esforzarse en reponerla.

Pel le preguntó a dónde esperaba ir.

—Sólo quiero seguir moviéndome.

Pel asintió y las pupilas se le dilataron como si fuera a decir algo terrible. Pero dijo algo de una precisión distinta:

—No hueles a metal.

Acercó su nariz al cuello de Reu, Reu le pasó a ella una mano por la nuca, y constataron y constataron y constataron y constataron que eran de agua de otros olores, y que la carne seguía batallando en el universo.

El último recuerdo *así* que tenía de la tierra era el de aquella tarde en la garganta interior de una embajada en ruinas. Se había refugiado ahí poco antes de comenzar a caminar hacia el Atlántico y había descubierto que se había preservado un microclima espigado de árboles. Lo descubrió como si acabara de explotar frente a él, pero en verdad nada se movía, todo estaba quieto y silencioso; aunque no era una quietud muerta: podía sentir la tarde *sucediendo*. No el deslizamiento de las cosas, sino del tiempo entre las cosas. Luego vio que algo más se movía, un caracol trajinando un tallo como si el colapso del mundo no le importara nada.

Así se sentía el trecho que la nave cubría mientras él y Pel acoplaban el humano de dos espaldas. Qué planeta podía mejorar ése.

Pero unos muchos ápices más tarde ella dijo:

—Ya estamos cerca.

Reu pedaleaba en ese momento y se detuvo para volverse a mirarla, sin comprender.

—De la estación —siguió Pel—. Hay otra.

Hizo una pausa y continuó:

—Pero de ésta salen cuerpos.

Los primeros habían encontrado un planeta gemelo, pero tan lejano que no podía llegarse en nave, así que idearon cómo

desapizar el cuerpo y luego emitirlo, ápice a ápice, por un tiempo inconmensurable que el cuerpo no concebía sino como un sobresalto de cuásares. Pel no sabía cuánta gente había logrado viajar así, sólo que después de una o dos generaciones el sistema colapsó y las estaciones que desapizaban se aherrumbraron o se perdieron flotando en el espacio.

Pero ella sabía dónde estaba una.

Pronto la avistaron y conforme Pel navegaba el cetáceo en su dirección, él empezó a preguntarse si en verdad quería volver con otros humanos.

Pel no se lo preguntaba, ella decía:

—Vamos a lograrlo.

Y a él el plural lo volvía curioso.

Era una plataforma que en vez de cúpula tenía una chimenea larguísima, mucho más larga que cien veces la longitud del cetáceo. Atracaron. Se pusieron sus trajes y entraron.

Había dos filas de cabinas enfrentadas con una mesa de controles al fondo. Pel afirmaba saber cómo funcionaba y empezó a probarla mientras él inspeccionaba las cabinas para comprobar si tenían algún desperfecto evidente.

De súbito se sintió cómo la fuente de energía se echaba a andar y cimbraba la plataforma; la chimenea se presurizó, sus materiales antiquísimos estaban activos de nuevo, chirriantes pero alertas. Pel siguió manipulando los controles y dos cabinas se iluminaron, una a cada lado, y comenzaron a cambiar de forma acompasadamente, como un segundero, pero a cada segundo correspondía un molde distinto de ser humano.

—Tiene que ser ahora —dijo Pel, dirigiéndose a una de las cabinas.

Reu titubeó.

—¿Y si terminamos en esquinas opuestas del universo?

Pel lo miró como si hubiera dicho algo absurdo. Se dio media vuelta y entró a su cabina. Antes de que se cerrara la puerta dijo algo que él no escuchó aunque sí le vio los labios.

Reu entró a su cabina y desde ahí miró la cabina de Pel ajustarse a su cuerpo con más precisión a cada segundo. Justo antes de que se amoldara a ella como una vaina negra, Reu descifró que Pel había dicho: "Todo el tiempo estamos en esquinas opuestas del universo."

Pensó que lo había dicho como si hablara de algo remediable, como en otra época habría sido volcar una taza sobre el mantel. Luego cada pequeño ápice de su cuerpo comenzó a cubrir los interminables ápices del camino.